

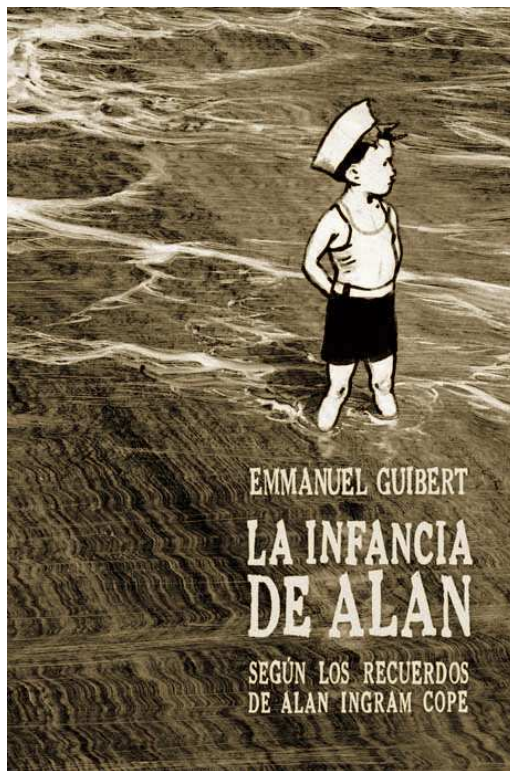
La infancia de Alan

Emmanuel Guibert

Sins Entido, 2013

No existen cielos tan amarillos. O quizá sí. Quizá cuando uno tiene cuatro años y pinta el sol de verde y un pájaro morado y las copas de los árboles son rojas y luego deja de recordar eso hasta que llega un dibujante con una grabadora: Cuéntame tu vida, le dice. Háblame de la guerra, y de la infancia.

Dibujamos cuando somos niños. Luego nos enseñan que el luto es negro, que los troncos son marrones, los tejados son naranjas. Y no dibujamos más. Ya no es divertido. Si tienes suerte y sigues haciéndolo, puedes pintar un atardecer ocre y una autopista gris, pero puedes hablar de las misiones de adobe, la naturaleza verde y la llegada del automóvil a esas carreteras por las que se rompían.



Tengo recuerdos mágicos de mi país antes de la guerra.

Hay un niño, como una fotografía en sepia antigua, mirando hacia delante, expectante y erguido, casi sin aire alguno a su derecha.

A veces pienso que solo deberíamos ver el mar cuando estamos preparados para recordarlo. El mar es sano, te dicen. Hay yodo, es bueno para los pies, ponte crema.

Pero te llevan cuando no has crecido todavía lo bastante como para saber que la primera visión de lo infinito puede perdurar más que cualquier suceso. Por eso no hay aire a la derecha. Porque no sabemos lo que vendrá.

Hace dos meses, visité la casa que había sido mi hogar durante los primeros 13 años de mi vida. De esto hace 25. Tuve que fijarme en el nombre de la calle, en el número, en la localización. Pasé por allí dos veces. La miré. La volví a mirar. El edificio era el mismo, la misma pintura blanca en la azotea, el mismo color verdoso y gris.

Esa no era mi casa.



La infancia de Alan (p. 27).

En *La infancia de Alan* hay una viñeta preciosa que muestra un instante así. A los 17 años volví a Santa Bárbara —se había ido de allí con poco más de tres—. Encontré la calle donde estaba esa casa sin vacilar un instante; fui directo. Guibert nos muestra

al joven mirando tras la valla lo que una vez fue suyo, las manos a la espalda, sin protegerse; un coche: el adulto que se encuentra con el espacio que habitó cuando era niño. Hay una tristeza y una serenidad, un cumplimiento, en ese dibujo, y en esas frases cortas, que yo no podría describir jamás.

La niñez es una casa: la vida adulta son escombros.

Es solo eso: un niño que ha dejado de ser niño y que mira una vida que perdió.

No sabemos si sigue ahí.

La memoria funciona a su manera. Todo el mundo debería llevar un diario. Todo el mundo debería, quizá, tener la oportunidad de que alguien se sentara delante de él, con una grabadora, para escucharle. Cuando te escucha alguien, descubres cosas de ti mismo que no podrías haber descubierto de otro modo.

Recuerdo un vestido amarillo con un pespunte azul, la primera vez que mi madre me prestó uno de los suyos y yo me sentí adulta. Tenía unas gafas grandes, tenía otro corte de pelo pero, si pienso en esa escena delante del espejo, yo soy la que soy ahora. Velada. Tengo grabados olores en la memoria, unas olas grandes, unos platos rotos, alguna huida. Pero no puedo pensar en mí, ni en los que me rodeaban, ni en nadie de mi familia, como eran entonces: sin canas, sin veinte kilos de más, sin arrugas.

Quizá si alguien lo dibujara sí pudiera representarlos tal y como eran. Aunque no los haya conocido nunca y los esboce.

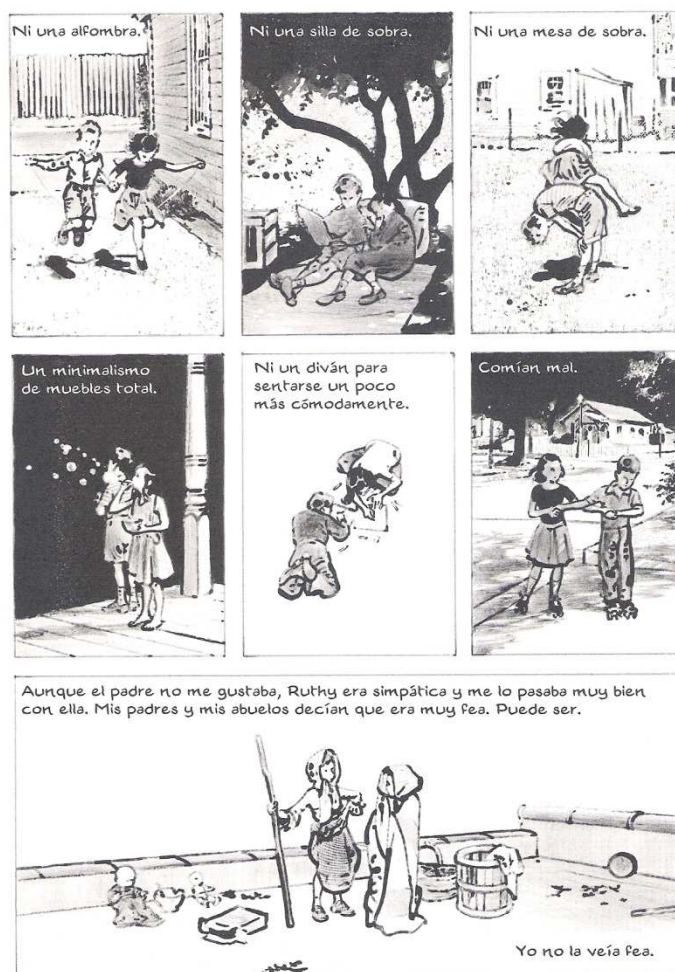
Esto solo lo puede hacer un cómic. Mostrarte en el vacío, completamente desnuda y sin detalles. Solo la gente que importaba, los hechos pequeñitos. Un viaje en tren, una mesa repleta, la primera vez que ves a tus primos. Eso sí. Eso es fácil. Si te pinta a ti en medio de eso, todo se desdibuja. Colocamos a las personas en medio de los detalles. Si no hay detalles, lo importante son las personas. Son las que te crecen y las que te joden.

La memoria alude, va de atrás hacia delante, da vueltas, no sigue un orden. Si te puedo pintar, te pintaré desde mí, desde lo que yo imagino de ti, tu ropa, tus gestos, una cesta de mimbre con toallas en la que te quedas dormido, un garabato que es el primer helado que se te cayó. Y así podrás, también, ser otros.

Los detalles sí que son profusos. Un sótano abigarrado que es el paraíso, una estación de tren, las calles, las casas y un comercio chino. Los recuerdos nunca son como ocurrieron.

Ya crecimos. Ya aprendimos que un documental es ficción, que la fotografía también puede serlo, que la pretensión de veracidad es solo un deseo, que la pureza no existe y que siempre, en lo más duro, nos quedará espacio para la ternura. En la privación, en la muerte, en un trauma, un trastorno mental, un terremoto.

Nos pasamos la vida contando historias. Es casi lo único que hacemos. Nunca pensamos que la nuestra merezca ser contada. Ni siquiera sabríamos cómo empezar. Quizá el inicio haya de marcarlo otra persona.



La infancia de Alan (p. 131)

Los juegos de la infancia. Entrar en un sótano, cazar arañas y serpientes, construir pájaros con los frutos de un árbol, bajar la calle encima de un carrito. Conocer a alguien, pensar diferente a los adultos: *Mis padres y mis abuelos decían que era muy fea. Puede ser. Yo no la veía fea.* El descubrimiento del otro. La primera vez que uno es consciente de que los mayores van a utilizar la belleza o la fealdad para emitir un juicio y reírse de tu amiga. Porque además tu amiga es pobre, es más pobre que tú, y malcome y en su casa no hay casi una mesa. *Tiempo después me prohibieron juntarme con aquella niña. Obedecí.*

Los niños buenos siempre obedecen.

Aunque no sepan por qué. Aunque luego puedan pensarlo y descubran que, claro, hay clases sociales y que ella vive en un sitio peor y que además es fea, los pobres siempre son feos y están sucios y qué van a decir los demás si te ven andar por esos barrios y qué van a decir si te sientas al lado de esa niña porque tú no eres como ella, nosotros no somos como esa familia.

Y el final.

Siempre hay un hecho, un hecho determinado de un día concreto que marca el final de la infancia.

Aquí también.

No lo voy a contar.

Pero nunca hay dolores peores que en la infancia. La niñez no es el paraíso perdido: en la niñez hay horror y hay costras y hay miedo.

Solo los adultos que la han olvidado pueden mirar a un niño y pensar que es feliz. Si alguna vez la recuerdan, si alguien les escucha lo suficiente como para pensar en sí mismos hace cuarenta o cincuenta años, se acordarán del dolor y se acordarán, también, del justo momento en que dejaron de ser niños. Para eso siempre hay una fecha. 24 de marzo de 1990. Esa es la mía. Ese es el justo momento en el que el mundo se hizo añicos, se rompió un capullo protector que, de todos modos, ya estaba suficientemente resquebrajado (porque en la niñez hay horror y hay costras y hay miedo) y me vomitaron a un lugar desconocido, un lugar que no era un espacio físico, aunque también lo era. El justo momento en que aprendiste a sobrevivir.

De pronto llega un francés que tiene más o menos tu edad y que cuenta la vida de un señor que le llevaba cuarenta años, un americano que nació en la Gran Depresión, que vivió la guerra, un señor que no tiene nada que ver contigo, cuya vida no tiene nada que ver contigo, y te encuentras pensando en las partes de ti que sí son ese niño. En tu

infancia. En si tú serías capaz de contarle, de nuevo, a alguien desconocido, otra vez, todo lo que ocurrió allí. Incluso esos sucesos *que avergüenza un poco contar*.

Yo lo hice a los 27. Tengo diez años más. No ha vuelto a aparecer alguien así. Posiblemente no aparezca nunca. Cuando uno crece, deja de contar ciertas cosas. Ya no hacen falta. Se cansó de oírse. Se cansó de saber en qué instante preciso va a temblarle la voz y se va a quedar sin aliento, va a volver a caerse y va a tener miedo de escuchar lo que tiene que decir.

Ya aprendimos que existen las traiciones.

No es fácil transmitir la intimidad con ese respeto.

OLGA AYUSO

Soy periodista. Entre otras muchas cosas, casi todas ellas en la modalidad de aprendiz, que es la mejor. Además, soy periodista cultural, lo que supone que siempre, siempre, siempre, hablas con gente más inteligente que tú, más preparada que tú y más culta que tú. También implica estar todo el día leyendo, viendo películas, yendo al teatro. Eso es divertido. Estoy fuera de todos los mundillos. Del del cómic también.